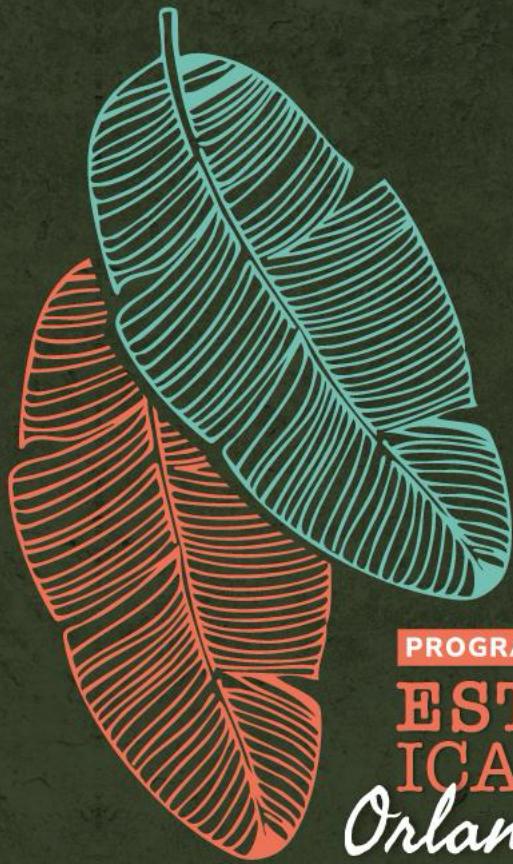


Arraigo territorial en los pobladores rurales del corregimiento de Siberia, Sierra Nevada de Santa Marta

Soraya Duarte Reyes

Estímulo ICANH 2025 ORLANDO FALS BORDA,
Investigación sobre sistemas de vida regionales:
desde y sobre el Caribe



PROGRAMA DE
ESTÍMULOS
ICANH 2025
Orlando Fals Borda

Contenido

1. Presentación.....	4
2. Metodología.....	5
2.1. Enfoque y aproximación etnográfica.....	6
2.2. Conversaciones comunitarias.....	7
2.3. Entrevistas en profundidad.....	8
2.4. Técnicas adicionales.....	9
3. Caracterización del territorio.....	10
3.1. Contexto geográfico y socioambiental.....	10
3.2. Dinámica del poblamiento.....	11
3.3. Historia del conflicto armado.....	18
3.4. Dimensión económica y productiva.....	21
3.5. Organización comunitaria.....	21
3.6. Dimensión socioambiental.....	23
4. Resultados.....	25
4.1. Vida cotidiana y territorialidad.....	26
4.2. Memorias del poblamiento y del conflicto.....	26
4.3. Prácticas productivas, economía y roles familiares.....	27
4.4. Percepciones sobre el presente rural.....	28
5. Conclusiones.....	29
5.1. Aportes etnográficos.....	29
5.2. Aportes metodológicos.....	29
5.3. Desafíos y recomendaciones.....	30
6. Referencias bibliográficas.....	32



Arraigo territorial en los pobladores rurales del corregimiento de Siberia, Sierra Nevada de Santa Marta

Presentación

Llegar al corregimiento de Siberia implica adentrarse en un territorio donde la Sierra Nevada de Santa Marta comienza a descender hacia la Ciénaga Grande, creando un paisaje que alterna montañas, laderas cultivadas y caminos que se abren paso entre cafetales, quebradas y pequeños asentamientos rurales. Aunque administrativamente pertenece al municipio de Ciénaga, Siberia posee un ritmo propio, marcado por la geografía abrupta, la historia del poblamiento y la persistencia de la vida campesina que define la región.

El territorio comprende una serie de veredas como La Unión, La Secreta, El Congo, Cuatro Caminos, Correa, Lourdes, Cantarrana, Nueva Granada, Parrandaseca y La Reserva, que funcionan como nodos de relaciones familiares, económicas y culturales. Otras, mencionadas como “sueltas”, como La Isabel, La Cristalina y Manantial, también forman parte de esta trama amplia y diversa. Cada una de estas veredas conserva un orden interno, una memoria particular y una forma de habitar la montaña que, al mismo tiempo, articula a toda la comunidad de Siberia en un sentido común de territorialidad.

La Sierra Nevada, que resguarda estas veredas, aporta el marco ecológico y simbólico que sostiene la vida local. Los ríos y quebradas que bajan desde la parte alta alimentan los cultivos y las viviendas, mientras que la biodiversidad - antes más abundante, según recuerdan los mayores- marca los límites y posibilidades del trabajo agrícola. La posición de Siberia la inserta en un corredor biocultural donde confluyen la montaña, el complejo lagunar de la Ciénaga Grande y la franja costera del Caribe, otorgándole una identidad territorial profundamente interrelacionada.

Desde esta comprensión inicial del territorio, la mirada investigativa que orienta este informe se nutre de una perspectiva etnográfica, territorial y situada, que reconoce la importancia de escuchar y acompañar a las comunidades en sus formas propias de narrar la vida, la memoria y el entorno. Más que observar desde afuera, la apuesta metodológica se fundamenta en habitar, aunque sea temporalmente, los ritmos cotidianos de la montaña: caminar sus senderos, compartir alimentos, participar en las labores agrícolas y conversar en los corredores de las casas, donde los relatos brotan sin forzarse y se tejen con la sencillez y profundidad de la experiencia campesina.

La investigadora se aproxima al territorio comprendiendo que Siberia no es solo un espacio geográfico, sino un entramado histórico y afectivo donde confluyen saberes ambientales, memorias del conflicto armado, economías familiares, presencias institucionales discontinuas y procesos comunitarios que han sostenido la vida a pesar de las rupturas. Su perspectiva parte de reconocer a los pobladores como sujetos históricos, portadores de conocimientos locales y actores que han configurado la territorialidad desde prácticas cotidianas de resistencia, cuidado y trabajo.

Asimismo, esta investigación aporta a la comprensión de Siberia como un territorio campesino en reconfiguración, atravesado por transformaciones ambientales, migraciones, nuevas formas de organización y tensiones intergeneracionales. El proceso investigativo busca visibilizar estas dinámicas desde los relatos y experiencias de quienes habitan la montaña, evitando lecturas homogenizantes y destacando la diversidad de voces, trayectorias y posiciones al interior de la comunidad.

Finalmente, la presencia en campo permitió a la investigadora profundizar en la dimensión biocultural del territorio, entendiendo que la vida campesina en la Sierra Nevada no puede separarse de sus aguas, suelos, caminos y ciclos productivos. Esta perspectiva reconoce que el territorio es, al mismo tiempo, un espacio de memoria, un medio de subsistencia, un ámbito de disputa y un lugar de arraigo que continúa moldeando identidades, prácticas y aspiraciones colectivas.

2. Metodología

La investigación en el corregimiento de Siberia se desarrolló desde un enfoque etnográfico y territorial, entendiendo que el territorio no es únicamente un espacio físico, sino el resultado de interacciones históricas, afectivas, productivas y políticas que configuran las formas de vida campesina en la Sierra Nevada de Santa Marta. Este entendimiento dialoga con perspectivas que conciben el territorio como una construcción relacional entre naturaleza, memoria y acción humana (Santos, 1996; Ther Ríos, 2012). En este sentido, el trabajo de campo se concibió como un ejercicio de inmersión gradual, en el que la presencia prolongada, las estancias en las veredas, los recorridos por caminos y las conversaciones con las familias

fueron dando forma al proceso investigativo, siguiendo la tradición etnográfica situada planteada por Feito (2005) y retomada en el estudio regional sobre Siberia .

Más que aplicar un conjunto de técnicas, la metodología se vivió como un proceso de acompañamiento y escucha, donde el territorio con sus tiempos, ritmos y relaciones, fue marcando las posibilidades y límites de cada encuentro. Esta lectura se articula con lo planteado por Fals Borda (1979, 1984), quien reconoce que los territorios campesinos deben comprenderse desde su historicidad y desde los vínculos cotidianos que los pobladores establecen con la tierra. Así, la investigación se estructuró desde una combinación de estrategias cualitativas que permitieron comprender la complejidad histórica, social y ambiental del corregimiento, coherente con los enfoques rurales revisados en la literatura especializada

Enfoque y aproximación etnográfica

La aproximación etnográfica se orientó por la presencia constante en el territorio, lo que implicó caminar los mismos senderos que recorren diariamente los habitantes, visitar fincas, acompañar labores agrícolas y participar en actividades comunitarias. Este principio metodológico se fundamenta en la “inmersión corporal” y el reconocimiento del territorio como experiencia vivida, ampliamente discutidos en estudios rurales latinoamericanos (Giarraca & Gutiérrez, 1999).

A diferencia de una aproximación meramente descriptiva, la etnografía aquí desarrollada buscó comprender los sentidos que las personas atribuyen a su vida rural, así como las formas en que narran su historia, interpretan los cambios en el territorio y resignifican sus prácticas productivas y familiares. Esto resulta coherente con los enfoques orientados al actor planteados por Long (en Giarraca & Gutiérrez, 1999), retomados en tu artículo sobre apropiación territorial rural .

La observación participante se convirtió en el eje central del trabajo. Desde el primer momento, los recorridos a pie por las veredas La Unión, Corea, El Congo y Nueva Granada permitieron situarse en el espacio, reconocer los paisajes, identificar los puntos de agua, los caminos antiguos y las áreas afectadas por la deforestación o la ampliación de cultivos. Esta

experiencia coincide con lo descrito por Silva y Rodríguez (2020) en su análisis de la vida campesina en la Sierra Nevada.

Esta presencia cotidiana abrió las puertas a encuentros espontáneos, saludos en corredores, conversaciones bajo los aleros y pausas en los caminos donde se actualizaban memorias individuales y colectivas. La etnografía también se nutrió de encuentros casuales: un café servido en fogón mientras se hablaba de la cosecha; una caminata con un adulto mayor que señalaba las piedras donde antes veían jaguares; o una tarde en que una familia explicaba cómo se distribuyen los cultivos en la finca. Estos momentos fueron fundamentales para construir confianza y para comprender el territorio desde la mirada campesina, tal como sugieren Feito (2005) y Fals Borda (1994) en sus discusiones sobre el papel de la experiencia en la investigación rural.

Conversaciones comunitarias

Las conversaciones comunitarias fueron una de las herramientas metodológicas más valiosas. Más que entrevistas grupales, se configuraron como espacios de diálogo horizontal, donde la comunidad reconstruía colectivamente sus memorias y trazaba, desde la palabra, un mapa vivo del territorio. Este enfoque dialoga directamente con la metodología participativa propuesta por Fals Borda (1986) y con la idea de “cartografías vivas” en territorios rurales (Toledo & Barrera, 2018).

En las reuniones desarrolladas en las fincas o en los espacios comunes de las veredas, las personas comenzaban recordando los primeros tiempos del poblamiento: quiénes llegaron primero, por qué rutas entraron, dónde se asentaron y cómo eran los paisajes de entonces. Estas conversaciones fluían entre recuerdos familiares, anécdotas de trabajo y relatos sobre la violencia, permitiendo articular las trayectorias individuales con la historia colectiva. Esto se relaciona con el enfoque propuesto por Histórica (2010) sobre memorias del despojo y resistencias campesinas en el Caribe.

A través de mapas dibujados en cuadernos o incluso trazados sobre la tierra, se identificaron:

- caminos antiguos y actuales

- zonas de cultivo y de reserva
- quebradas y nacimientos de agua
- lugares marcados por el conflicto armado
- áreas afectadas por la bonanza marimbera
- terrenos heredados o distribuidos entre generaciones
- puntos donde antes había fauna hoy desaparecida

La cartografía social, más que un producto visual, se convirtió en un ejercicio político y de memoria, en sintonía con lo que plantea Lara (2016) sobre estrategias comunitarias de apropiación territorial. En estos espacios, las voces de mujeres, adultos mayores y jóvenes se entrelazaron para reconstruir el tejido social del corregimiento.

En estas conversaciones emergieron preguntas y tensiones: silencios sobre episodios del conflicto, diferencias entre veredas por límites de fincas, nostalgia por los bosques abundantes o preocupación por los ríos que ya no corren igual. Estos elementos enriquecieron la lectura del territorio y dieron profundidad interpretativa a las dinámicas rurales, como sugiere Pérez (2004) sobre la dimensión política del territorio.

Entrevistas en profundidad

Para complementar el trabajo colectivo, se realizaron entrevistas con distintos actores de la comunidad, seleccionados por su trayectoria, edad, rol familiar o participación en procesos organizativos. Este enfoque coincide con lo planteado por Amerlinek (1982) sobre la importancia de escuchar diversidad de voces rurales.

Estas entrevistas buscaban ir más allá de la información descriptiva; se orientaron a comprender experiencias, emociones y percepciones, especialmente sobre temas sensibles como el conflicto armado, la transmisión de la tierra, las transformaciones ambientales y la migración de los jóvenes. Esto está en consonancia con los estudios de desplazamiento y reconstrucción vital realizados por Osorio & Lozano (1996).

Las entrevistas abordaron narrativas sobre:

- cambios económicos y productivos

- memorias de violencia y desplazamiento
- prácticas culturales y agrícolas
- identidades familiares y procesos de herencia
- percepciones sobre clima y medio ambiente
- vulnerabilidades ante instituciones
- expectativas sobre el futuro del territorio

Cada entrevista fue entendida como una conversación íntima donde la experiencia individual se transformó en una ventana hacia la vida rural en Siberia, siguiendo la lógica del enfoque orientado al actor en contextos rurales (Giarraca & Gutiérrez, 1999) y coincidiendo con diagnósticos regionales sobre ruralidad en el Caribe (Corporación PBA, 2014).

Técnicas adicionales

Observación participante

La participación en actividades cotidianas como la cosecha de café, preparación de alimentos, lavado de ropa, cuidado de animales permitió comprender la organización del trabajo y los modos de cooperación familiar, tal como lo discute Machado (2004) sobre sistemas agrarios campesinos.

Registro fotográfico

Las fotografías y croquis comunitarios permitieron ubicar espacialmente los relatos. Esto se articula con metodologías de etnografía territorial descritas por Navarro (2002) para la región Caribe.

Sistematización de datos

Se organizaron tablas, gráficas y reconstrucciones genealógicas, coherentes con las técnicas propuestas en tu *Informe de Actividades* donde la sistematización es parte central del proceso analítico.

Revisión documental

Se consultaron: POT, PDM, RUV, estudios sobre bonanza marimbera, conflicto armado, sistemas cafeteros y ruralidad en el Magdalena. Esta triangulación metodológica coincide con lo planteado por Machado (2002) y Salgado (2016) sobre enfoques integrales para comprender lo agrario.

3. Caracterización del Territorio

El corregimiento de Siberia se despliega en las laderas medias de la Sierra Nevada de Santa Marta, en un espacio donde la montaña comienza a descender hacia la Ciénaga Grande, generando un mosaico ecológico en el que conviven sistemas productivos campesinos, relictos de bosque, quebradas y paisajes que han sido transformados por décadas de poblamiento, cultivos, bonanzas económicas y conflicto armado. La vida cotidiana en Siberia está profundamente marcada por esta geografía, por la historia que la habita y por las múltiples formas en que las familias campesinas han configurado su relación con la montaña.

3.1. Contexto geográfico y socioambiental

Siberia forma parte del municipio de Ciénaga, ubicado en la Subregión Norte del departamento del Magdalena, en la vertiente noroccidental de la Sierra Nevada de Santa Marta (Navarro, 2002; Silva & Rodríguez, 2020). El territorio cuenta con una extensión aproximada de 1.243 km², donde las áreas rurales dominan, superando ampliamente el área urbana (Plan de Ordenamiento Territorial de Ciénaga, 2001–2010). Está compuesto por veredas como La Unión, La Secreta, El Congo, Cuatro Caminos, Correa, Lourdes, Cantarrana, Nueva Granada, Parrandaseca y La Reserva, además de otras clasificadas como sueltas, entre ellas La Isabel, La Cristalina y Manantial.

La riqueza ambiental es uno de los rasgos que más destaca la comunidad al describir su territorio. En las voces de los adultos mayores aparece constantemente la imagen de una Sierra “más húmeda, más verde y más viva”, percepción que coincide con análisis regionales sobre cambios en la ruralidad caribeña y presión sobre los ecosistemas de montaña

(Corporación PBA, 2014; Roa & Navas, 2014). Las secuencias del paisaje lo confirman: nacederos de agua que abastecen las fincas, quebradas limpias donde aún se lava la ropa o se enfrián las frutas, y suelos fértiles que han permitido por generaciones el cultivo del café y otros productos (Silva & Rodríguez, 2020).

En el pasado, según narran los mayores, la fauna era abundante: jaguares, dantas, zainos y aves de todo tipo transitaban por las veredas. Con el paso del tiempo, la deforestación, el avance de los cultivos ilícitos y la presión sobre la montaña han reducido la presencia de muchos de estos animales, fenómeno igualmente documentado para otras zonas de la Sierra Nevada y del Caribe (Histórica, 2010; Roa & Navas, 2014). Los campesinos hablan con nostalgia de un territorio donde “los ríos eran más grandes” y “los animales no eran escasos”.

A nivel doméstico, todas las viviendas dependen del fogón de leña, combinándolo en ocasiones con estufas de gas propano que llegan en cilindros, pues no existe servicio de gas natural en la zona. La energía eléctrica proviene de sistemas solares, instalados vereda a vereda en años recientes, lo que marca un cambio importante en la vida cotidiana, similar a otros procesos de electrificación rural en la región (Vergara, 2007). Antes de esto, las noches eran guiadas exclusivamente por mechones, lámparas de petróleo y el brillo de las velas.

El manejo de residuos y aguas residuales se realiza a través de pozos sépticos, mientras que los desechos orgánicos son destinados a animales o procesos de compostaje. Los demás residuos se queman o, en algunos casos, se llevan a Ciénaga. Este conjunto de prácticas refleja una relación cotidiana con el ambiente, guiada por la funcionalidad, la escasez de servicios estatales y el ingenio campesino, en línea con lo que Toledo y Barrera (2018) denominan memoria biocultural en contextos rurales.

3.2. Dinámica del poblamiento

La historia del poblamiento de Siberia es, en sí misma, una narración de movimiento, desplazamiento, colonización y búsqueda de territorio. Los procesos de ocupación en esta parte de la Sierra Nevada se remontan al siglo XIX, cuando avanzó la frontera agrícola impulsada por colonos provenientes de diferentes regiones de Colombia, en un patrón similar al descrito por Legrand (1988) y Roldán (1998) para otras zonas de colonización campesina.

Sin embargo, el poblamiento más decisivo ocurrió entre las décadas de 1950 y 1960, en pleno periodo de La Violencia, cuando múltiples familias llegaron huyendo del conflicto o buscando suelos fértiles para sembrar café (Fals Borda, 1994; Histórica, 2010).

Los relatos comunitarios recuerdan especialmente a dos familias fundadoras: los Sánchez y los Silva. Se dice que fueron los primeros en llegar, identificando las zonas donde hoy se encuentran La Secreta y El Congo. De sus asentamientos iniciales se desprendieron muchas de las ramificaciones familiares que conforman la estructura social de Siberia. Las genealogías locales, recogidas en conversaciones y tablas del trabajo de campo, muestran cómo las veredas están asociadas a apellidos que se han entrelazado por generaciones, fenómeno común en contextos de colonización rural (Legrand, 1988).

El poblamiento está marcado por la condición de territorio heredado: la mayoría de las familias actuales viven en fincas entregadas por los padres o abuelos, sin escrituras formales, bajo acuerdos de palabra, promesas de venta o arreglos internos. Esta forma de tenencia recuerda lo que Ortega (1992) denomina “ruralidad precaria” y lo que Deininger y Lavadenz (2004) analizan como alta informalidad en la propiedad de la tierra en Colombia. Los campesinos reconocen un territorio construido más por la historia y la memoria que por la formalidad estatal. Los jóvenes representan la tercera generación de esta colonización, aunque muchos migran a Ciénaga o Santa Marta en busca de educación o empleos (Baribbi & Spijkers, 2011).

Los datos recogidos durante el trabajo de campo revelan que, aunque muchas familias mencionan lugares tan diversos como Norte de Santander, Cundinamarca o el Tolima como lugar de origen, cerca del 68% se identifica como proveniente de Ciénaga, Santa Marta o la Zona Bananera, una muestra de cómo el territorio ha entrelazado migraciones y arraigos, en consonancia con los patrones de movilidad interna descritos para la región Caribe (Pérez, 2004; Corporación PBA, 2014).

Esta mezcla de procedencias y trayectorias familiares explica la riqueza cultural y social del corregimiento. En las conversaciones comunitarias, los habitantes cuentan cómo los primeros colonos llegaron “probando suerte”, siguiendo rumores sobre la fertilidad de la montaña y guiándose por caminos abiertos a pulso, sin mapas ni senderos señalizados, tal como se ha

documentado para otras experiencias de colonización campesina en la Costa Caribe (Fals Borda, 1979; Silva & Rodríguez, 2020). Muchos llegaron con pocas pertenencias, un machete, una mula, semillas de café o fríjol, y con la esperanza de construir una vida lejos de la violencia partidista o de la pobreza que atravesaba sus regiones de origen.

La llegada de estas familias no fue un proceso ordenado ni simultáneo; ocurrió por oleadas, según las coyunturas económicas y políticas del país. Algunos llegaron motivados por la expansión cafetera y por la idea de encontrar tierras vírgenes; otros arribaron escapando de conflictos locales o buscando autonomía frente a los poderes tradicionales. Cada familia fue reclamando un pedazo de montaña, limpiando el terreno, levantando las primeras casas de tabla y sembrando los cultivos que serían la base de su subsistencia (Legrand, 1988; Fals Borda, 1994).

Los adultos mayores recuerdan cómo se organizaban para abrir caminos que hoy conectan las veredas. Las trochas eran amplias solo para el paso de mulas, y la jornada se dividía entre trabajar la finca y colaborar en obras comunitarias. Ese trabajo colectivo sentó las bases de la organización territorial y fortaleció un sentido de pertenencia que aún persiste, coherente con lo que Mesías (2005) y Pérez (2010) plantean sobre democracia campesina y acción colectiva.

A medida que las familias crecían, las fincas se subdividían entre los hijos e hijas, lo que explica la trama de parentesco que caracteriza a cada vereda. Muchas mujeres narran que al casarse se trasladaban a fincas cercanas, fortaleciendo la red de alianzas familiares y la cooperación entre hogares. Esta circulación interna contribuyó a consolidar un poblamiento denso, aunque disperso, donde todos se reconocen como parte de una misma historia.

Sin embargo, el poblamiento no estuvo exento de tensiones. La ausencia de escrituras formales generó disputas por límites, especialmente durante las décadas del conflicto armado, cuando algunas familias fueron desplazadas y otras ocuparon temporalmente terrenos ajenos, situación semejante a la descrita para otras zonas del Caribe en *La tierra en disputa* (Histórica, 2010). Estas tensiones fueron resueltas, en la mayoría de casos, mediante acuerdos comunitarios, reafirmando la importancia de la palabra y de la memoria como mecanismos de regulación social.

Para los jóvenes, herederos de estas tierras, el poblamiento se vive de manera distinta. Muchos se enfrentan al dilema entre permanecer en el territorio, con pocas oportunidades educativas y laborales, o migrar para estudiar o trabajar. Aun así, muchos expresan el deseo de regresar algún día, principalmente porque la finca sigue siendo un símbolo de identidad y continuidad familiar (Baribbi & Spijkers, 2011).

Finalmente, el poblamiento de Siberia puede entenderse como un proceso dinámico que combina migración, arraigo, transmisión de saberes y adaptación a los cambios históricos. Su historia no es lineal ni homogénea, sino una espiral de llegada, asentamiento, desplazamiento y retorno que ha configurado un territorio profundamente marcado por las resistencias campesinas y por la capacidad de las familias para reinventarse frente a los desafíos del tiempo (Fals Borda, 1986; Pérez, 2016).

Vida cotidiana

La vida cotidiana en Siberia transcurre entre ritmos que siguen el tiempo de la montaña. El amanecer comienza mucho antes de que salga el sol: el canto del gallo, el crepitar del fogón de leña y el sonido de los baldes golpeando el tanque marcan el inicio del día. Las casas, levantadas en madera o bloque, se abren hacia un patio donde conviven gallinas, perros, matas de plátano y pequeños sembrados que alimentan a la familia. En este espacio doméstico se tejen lazos de cooperación: mientras unos preparan el café, otros revisan la leña, alimentan los animales o recogen agua de la quebrada (Fals Borda, 1986; Amerlinck, 1982).

En las veredas, la cotidianidad está atravesada por el trabajo agrícola, pero también por pequeños gestos que sostienen la vida comunitaria: el saludo que se extiende al pasar por un camino, la conversación improvisada en un corredor, la minga espontánea para arreglar un tramo de vía o limpiar un nacimiento de agua. Los desplazamientos a pie son un espacio de encuentro y narración. Quien camina nunca lo hace solo: siempre hay un vecino que se suma, un niño que corre por el sendero, una mula cargada, un saludo desde una finca cercana; escenas que remiten a las formas de vida rural descritas para el Caribe colombiano (Navarro, 2002; Corporación PBA, 2014).

El sonido del río, la humedad del follaje y el olor a tierra mojada marcan las jornadas de quienes suben a revisar los cultivos. La vida cotidiana no se divide en trabajo y descanso de manera rígida; ambas dimensiones se entrelazan. Una tarde de desgranar maíz es también momento de conversación; una caminata hacia la escuela es ocasión para comentar el clima o recordar historias del pasado; una visita a una finca vecina termina en un tinto compartido, tal como lo señalan estudios etnográficos sobre desarrollo rural (Feito, 2005).

En Siberia, la cotidianidad no es uniforme: se transforma según la temporada del café, la lluvia, la escuela, las fiestas patronales y, para muchos hogares, el regreso temporal de hijos o familiares migrados. Esta variabilidad habla de una cotidianeidad viva, donde el territorio y el tiempo sostienen la identidad campesina y le dan sentido a la existencia diaria (Baribbi & Spijkers, 2011; Pérez, 2016).

Prácticas productivas

Las prácticas productivas en Siberia son el resultado de décadas de experiencia campesina, adaptaciones a las condiciones ambientales y formas propias de interpretar el paisaje. El café sigue siendo el cultivo central, no solo por su valor económico sino por su significancia cultural, coincidiendo con lo señalado para otras economías campesinas del Caribe colombiano, donde el café se convierte en un eje organizador de la vida familiar y comunitaria (Díaz, 2013; Machado, 2004). “El café nos enseñó a vivir”, dice un agricultor, recordando que fue este cultivo el que permitió que las familias se establecieran, educaran a sus hijos y construyeran las casas que hoy habitan, en línea con lo descrito por Baribbi y Spijkers (2011) sobre el papel del café en los procesos de arraigo rural.

La siembra, el deshierbe y la cosecha se realizan de manera manual, siguiendo calendarios que no están escritos, pero que todos conocen. La selección del grano, el secado al sol y los cuidados posteriores muestran una relación íntima con el cultivo. Estas prácticas corresponden a lo que Toledo y Barrera (2018) conceptualizan como *saberes bioculturales*, es decir, conocimientos transmitidos generacionalmente que permiten una interacción sostenible con el entorno. En tiempos de cosecha, las fincas se llenan de actividad: los mayores dirigen las labores, las mujeres controlan el secado y el almacenamiento, los jóvenes apoyan en el transporte y la recolección, lo cual refleja la división

familiar del trabajo analizada por Fals Borda (1979) y retomada en estudios recientes sobre ruralidad en el Magdalena.

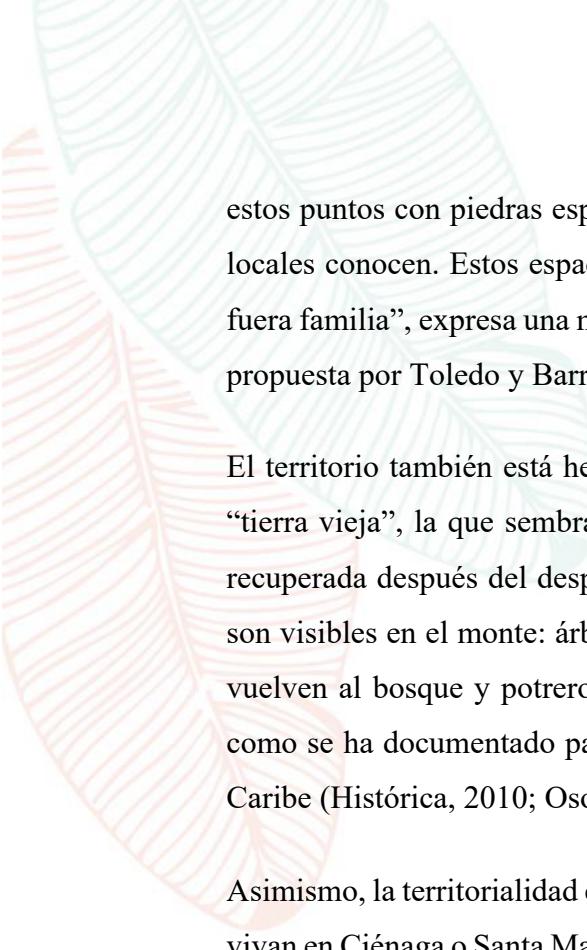
Al lado del café, los cultivos de pancoger como yuca, maíz, plátano, frijol y frutales garantizan la seguridad alimentaria y permiten complementar los ingresos. Esta diversificación productiva coincide con lo observado por la Corporación PBA (2014), que destaca cómo los sistemas campesinos en el Caribe dependen de una combinación de cultivos comerciales y de autoconsumo. El intercambio entre vecinos es común: quien tiene yuca la troca por aguacate, quien tiene guineo lo cambia por frijol. Esta “economía moral del intercambio” ha sido ampliamente documentada en los estudios rurales latinoamericanos (Giarraca & Gutiérrez, 1999), donde el trueque fortalece la solidaridad y la cohesión comunitaria.

El estado de las vías condiciona profundamente la producción. Los campesinos conocen cada hueco, cada pendiente peligrosa, cada tramo donde el barro impide el paso. Transportar un bulto de café puede tomar horas y su costo puede duplicar el precio de venta, situación que coincide con los diagnósticos realizados para la Sierra Nevada y otras zonas rurales del Magdalena, donde la infraestructura deficiente limita la competitividad y desincentiva la siembra (Pérez, 2004; Corporación PBA, 2014). Muchos señalan que el deterioro de la vía es lo que más desanima a sembrar. Aun así, la perseverancia es una constante: las familias siembran, cosechan y negocian como han aprendido de sus abuelos y padres, sosteniendo una tradición que resiste las dificultades propias del territorio, tal como lo define Fals Borda (1994) en su noción de *resistencia campesina*.

Territorialidad

La territorialidad en Siberia se expresa en narrativas de arraigo, en prácticas de cuidado y en la forma en que las personas habitan y significan cada rincón de la montaña. Para los pobladores, el territorio no es solo la finca que poseen o trabajan; es también el camino que recorren desde la infancia, la quebrada donde aprendieron a nadar, el árbol donde se refugiaban bajo la lluvia y la ladera donde escuchaban el eco de los helicópteros durante el conflicto armado. Esta comprensión coincide con la idea de territorio como espacio construido por las relaciones históricas y afectivas entre las personas y su entorno (Santos, 1996; Ther Ríos, 2012).

Los nacederos de agua se consideran lugares sagrados, no en un sentido ritual formal, sino por su valor vital: sin agua no hay cultivo, no hay casa, no hay vida. Muchas familias marcan



estos puntos con piedras especiales, cercas de protección o pequeños senderos que solo los locales conocen. Estos espacios son herencia y responsabilidad: “El agua se cuida como si fuera familia”, expresa una mujer de Corea, en sintonía con la noción de memoria biocultural propuesta por Toledo y Barrera (2018).

El territorio también está hecho de memorias encarnadas. Los pobladores distinguen entre “tierra vieja”, la que sembraron los abuelos, y “tierra nueva” la que ha sido resembrada o recuperada después del desplazamiento. Esta distinción habla de capas de historia que aún son visibles en el monte: árboles resembrados después de la tala, parcelas abandonadas que vuelven al bosque y potreros que alguna vez fueron campamentos de grupos armados, tal como se ha documentado para otros procesos de destierro y retorno campesino en la Costa Caribe (Histórica, 2010; Osorio & Lozano, 1996).

Asimismo, la territorialidad está atravesada por relaciones afectivas. Quienes migran, aunque vivan en Ciénaga o Santa Marta, hablan de “la finca” como si aún la habitaran. Los retornados dicen que la montaña “los llama”, que el olor del café o la vista del río les devuelve la sensación de pertenecer a un lugar único. Esta relación afectiva y simbólica sostiene una territorialidad que no depende únicamente de la posesión material, sino de un vínculo emocional y comunitario que atraviesa generaciones (Pérez, 2001; Lara, 2016).

Memorias

La memoria en Siberia se mueve entre lo que se cuenta y lo que se calla, entre lo que se recuerda colectivamente y lo que se guarda en silencio. Esta tensión entre palabra y silencio ha sido ampliamente descrita en comunidades rurales afectadas por la violencia, donde la memoria se convierte en un mecanismo de protección y, al mismo tiempo, un acto de transmisión cultural (Histórica, 2010; Osorio & Lozano, 1996). Los relatos del poblamiento están llenos de orgullo: hablan de las familias que llegaron primero, de cómo se abrieron los caminos a punta de machete, de la abundancia de animales y de los tiempos en que la montaña era un territorio “nuevo”. Estas memorias fundacionales articulan un sentimiento de pertenencia que se transmite de abuelos a nietos, tal como lo plantean Fals Borda (1979) y Legrand (1988) sobre la centralidad de la memoria en procesos de colonización rural.

En contraste, la memoria del conflicto armado emerge de manera fragmentada. Las personas hablan de “cuando la cosa se puso fea” para referirse a períodos de violencia extrema sin entrar en detalles, fenómeno común en territorios donde el dolor y el riesgo han configurado formas selectivas del recuerdo (Roldán, 1998; Histórica, 2010). Algunas casas abandonadas, árboles marcados por balas y tramos del camino cargados de silencio muestran que el territorio aún guarda cicatrices, como lo señalan estudios sobre la memoria material del conflicto en zonas rurales (Pérez, 2016).

Las memorias del desplazamiento, el reclutamiento forzado y las masacres en La Unión y La Secreta no son narradas de manera pública; aparecen en conversaciones íntimas, en confidencias durante un recorrido o mientras se toma un café. Esta forma de recordar revela lo que Jelin (2001) denomina *memorias subterráneas*, donde el silencio es también una estrategia para evitar dolor o represalias, noción coherente con lo documentado por Osorio & Lozano (1996) para víctimas rurales desplazadas.

Pero junto a la memoria del conflicto, hay también memorias de resistencia: mingas para reconstruir casas, retornos colectivos, siembras que marcaron el regreso, celebraciones religiosas que reunían a las familias después del miedo. Estas memorias muestran que la comunidad no solo fue víctima del conflicto, sino también protagonista de procesos de recuperación, resiliencia y reconstrucción social, como lo describen Fals Borda (1986) respecto a la capacidad organizativa campesina y Pérez (2010) sobre la acción colectiva en territorios rurales.

3.3. Historia del conflicto armado

El conflicto armado atraviesa la memoria del corregimiento como una sombra que se extiende desde la década de 1970 hasta los años 2000. La llegada de los cultivos ilícitos durante la bonanza marimbera (1975–1985) transformó radicalmente el paisaje y las dinámicas productivas de la zona. La marihuana, sembrada en zonas altas y medias de la Sierra, trajo consigo deforestación, disputas por el territorio y la entrada de actores armados.

Las comunidades narran cómo durante esa época el precio del quintal de marihuana podía triplicar al del café o incluso superar al de otros productos agrícolas, lo que modificó temporalmente la economía

local. Sin embargo, la bonanza también precipitó enfrentamientos, desconfianza y la presencia inicial de grupos armados que exigían “impuestos” a la producción campesina.

Durante los años 80 y 90, Siberia fue escenario de una fuerte disputa entre guerrillas del ELN y las FARC y, posteriormente, grupos paramilitares. Las familias hablan de desplazamientos múltiples, reclutamiento forzado, bombardeos y masacres como las ocurridas en La Secreta y La Unión en 1998, episodios que dejaron marcas profundas en la memoria comunitaria.

El Registro Único de Víctimas (RUV) documenta más de 26.000 personas desplazadas entre 1997 y 2010 en la zona de influencia, aunque la comunidad considera que la cifra real puede ser mucho mayor. Muchas familias han recibido ayuda humanitaria, pero los procesos de reparación han sido individuales y fragmentados, lo que ha generado tensiones internas y sentimientos de revictimización.

Aunque hoy el territorio está más tranquilo, el silencio en torno a ciertos momentos del conflicto sigue siendo un mecanismo de protección comunitaria. Ese silencio, sin embargo, no significa olvido. En las conversaciones comunitarias aparecen alusiones breves, casi susurradas, a caminos que “ya no se transitan”, a casas abandonadas donde antes vivían familias completas, o a zonas del monte donde todavía se encuentran fragmentos de munición oxidada. El territorio conserva marcas físicas de esos años: árboles que crecieron sobre antiguas trochas utilizadas por los grupos armados, potreros despejados que alguna vez fueron campamentos, o piedras ennegrecidas donde los mayores dicen que se escondían durante los combates.

Las personas relatan que la vida cotidiana se volvió impredecible. “Uno no sabía quién mandaba cada semana”, comenta un campesino, evocando los constantes cambios de control territorial. Las noches se volvieron momentos de incertidumbre: escuchar pasos, ráfagas de fusil o el sonido lejano de un helicóptero activaba estrategias de protección instauradas casi de manera instintiva. Muchos recuerdan cómo apagaban todas las luces, cerraban puertas y se refugiaban con sus hijos en habitaciones internas mientras esperaban que pasara “la bulla”, como llaman todavía a los enfrentamientos.

El reclutamiento forzado dejó una huella particularmente dolorosa. Varios relatos coinciden en la imagen de jóvenes llevados a la fuerza por los actores armados, lo que provocó que muchas familias decidieran desplazarse de manera preventiva. Algunas madres aún hablan

de esa época con un nudo en la voz, recordando cómo escondían a sus hijos en el monte o los enviaban temporalmente donde familiares en Ciénaga o Santa Marta. Para ellas, la escuela y la iglesia se convirtieron en espacios de resguardo y, al mismo tiempo, en lugares de vigilancia constante.

La violencia fracturó relaciones comunitarias que antes se daban por sentadas. Las sospechas, los rumores y los señalamientos afectaron la confianza entre vecinos. “A uno lo ponían a escoger bando sin quererlo”, dicen algunos mayores, explicando que cualquier gesto, visita o comentario podía interpretarse como colaboración con un grupo armado. Las formas de organización que hoy parecen sólidas, la JAC, la iglesia, las asociaciones cafeteras tuvieron que reconstruirse lentamente después de años de desconfianza.

A pesar de los desplazamientos masivos, muchas familias regresaron al territorio, aun sin garantías, impulsadas por el arraigo a sus fincas, sus animales y sus cultivos. El regreso fue un proceso desigual: algunos encontraron sus casas destruidas, otros regresaron a tierras ocupadas o en disputa, y otros, simplemente, no volvieron. Esta heterogeneidad se refleja hoy en la distribución de las fincas y en la composición de las veredas, donde coexisten familias antiguas, retornados, nuevos colonos y jóvenes que buscan reconstruir su vida en el mismo lugar donde sus padres la perdieron.

El conflicto también dejó cicatrices ambientales: áreas deforestadas para sembrar marihuana o servir como zonas de operación, suelos erosionados por la presencia prolongada de campamentos, y una reducción significativa de la fauna silvestre. Los mayores recuerdan la desaparición progresiva del jaguar, la danta y el zaino, animales que, para ellos, también son víctimas de la guerra.

Aunque el territorio vive un periodo de relativa calma, la memoria del conflicto sigue siendo un campo sensible. No se habla abiertamente en reuniones amplias, pero surge en conversaciones íntimas, cuando la confianza permite que las palabras fluyan sin miedo. El silencio, en este sentido, es también una forma de protección, un intento de evitar reabrir heridas o despertar viejos temores. Sin embargo, debajo de ese silencio persiste una memoria profunda que continúa moldeando las relaciones, las decisiones productivas y la manera en que los habitantes de Siberia entienden su lugar en la montaña.

3.4. Dimensión económica y productiva

La economía de Siberia gira en torno a un cultivo central: el café. Desde la llegada de las primeras familias, la tradición cafetera se ha transmitido de padres a hijos como un saber y un orgullo, pese a que los precios actuales y la precariedad de las vías dificultan su sostenibilidad.

Los campesinos mencionan que “antes se cultivaba más café”. Hoy, las fincas combinan el café con otros cultivos de autoconsumo y comercialización, como:

- yuca
- maíz
- plátano
- frijol
- guineo
- aguacate
- cacao
- tomate, cilantro, cebolla, ají, col, ahuyama
- frutas como papaya, mango, guayaba o naranja

La tabla de cultivos elaborada durante la sistematización muestra esta diversificación productiva, que permite equilibrar ingresos y asegurar la alimentación familiar.

No obstante, la mayor dificultad señalada por la comunidad es el estado de las vías. El transporte de alimentos hacia Ciénaga es costoso y riesgoso; en ocasiones, los campesinos pierden parte de la producción antes de llegar al mercado. Esto ha desincentivado la siembra extensiva, limitando la economía a la supervivencia.

La división del trabajo familiar sigue una lógica campesina tradicional: los hombres suelen encargarse de las labores agrícolas más pesadas, las mujeres sostienen la economía del cuidado y gestionan los alimentos, y los jóvenes participan según la época escolar o las vacaciones.

3.5. Organización comunitaria

La vida social de Siberia se articula en torno a varios espacios organizativos. El más importante es la Junta de Acción Comunal (JAC), reconocida por todas las familias como el órgano que gestiona proyectos, encuentros y problemáticas colectivas. La JAC cumple un

papel que va más allá de lo administrativo: actúa como un mediador entre el Estado y la comunidad, canaliza solicitudes de infraestructura, coordina mingas para el arreglo de caminos y organiza reuniones donde se discuten necesidades urgentes del territorio. Sus líderes suelen ser figuras con muchos años de residencia en la vereda y un conocimiento profundo de la historia local, lo que les permite tejer acuerdos y contener tensiones internas. En estos espacios, las decisiones se toman con base en la participación directa, la consulta a los mayores y la memoria de prácticas comunitarias arraigadas en la cooperación.

La Iglesia Pentecostal Unida de Colombia también es un referente central. Sus actividades convocan a numerosas familias de diferentes veredas y algunos líderes son figuras de influencia moral y organizativa. Los cultos, vigilias y escuelas bíblicas funcionan como espacios de encuentro interveredal, donde se fortalecen redes de apoyo, se consolidan relaciones de confianza y se promueve un sentido de comunidad basado en valores como la solidaridad, la obediencia familiar y la ayuda mutua. Para muchas mujeres, la iglesia representa un espacio seguro de participación social que no siempre encuentran en los órganos formales de gobierno comunitario.

Además, el territorio cuenta con la presencia del Comité de Cafeteros, Coocafé, Agorser y Ecols Sierra, organizaciones que participan en procesos productivos, certificaciones y proyectos agrícolas. Sin embargo, la participación comunitaria en estos espacios es desigual: pocas mujeres ocupan roles de decisión, y la presencia de jóvenes es casi inexistente debido a la migración y a la oferta limitada de oportunidades locales. Estas organizaciones cumplen funciones técnicas importantes, como capacitación en buenas prácticas agrícolas, acompañamiento en certificaciones y mejoramiento de la calidad del café, pero su influencia depende de la capacidad de las familias para integrarse. La falta de vías, el costo del transporte y el tiempo invertido en el trabajo agrícola dificultan la participación sostenida, especialmente para los hogares donde la mano de obra es reducida.

Existen también asociaciones de familias en restitución de tierras, aunque sus dinámicas están atravesadas por tensiones derivadas de la fragmentación de las sentencias. En estas asociaciones, la memoria del conflicto es un componente central: las familias buscan reconocimiento colectivo, apoyo jurídico y garantías para la estabilidad futura de sus fincas.

No obstante, al haber recibido fallos individualizados, se han generado brechas y desconciertos entre familias beneficiadas y aquellas aún en espera, lo que debilita la cohesión interna. Aun así, estos espacios han permitido a las víctimas reconstruir redes de apoyo y fortalecer un sentido de reivindicación territorial.

En conjunto, la organización comunitaria en Siberia muestra un tejido social diverso pero desigual, donde algunos espacios han logrado consolidarse como pilares de cohesión la JAC y la iglesia, mientras otros enfrentan barreras de participación y continuidad. Aun así, la comunidad mantiene una notable capacidad de autogestión, sostenida por prácticas tradicionales de cooperación, alianzas familiares y la voluntad colectiva de preservar el territorio.

3.6. Dimensión socioambiental

Los cambios ambientales son uno de los temas más recurrentes en las narraciones campesinas. Los adultos mayores recuerdan una Sierra “más fresca”, con ríos más caudalosos y fauna diversa. Esta percepción coincide con estudios sobre transformaciones ecológicas en la Sierra Nevada y en la región Caribe, donde el aumento de la temperatura y la afectación hídrica han modificado los ecosistemas rurales (Roa & Navas, 2014; Silva & Rodríguez, 2020).

Hoy perciben:

- sequías prolongadas
- reducción de caudales
- pérdida de fauna silvestre
- menor productividad de los cultivos

Pese a ello, las familias mantienen prácticas agrícolas mayoritariamente orgánicas, utilizando insumos químicos únicamente cuando es estrictamente necesario. Esto coincide con lo que Toledo y Barrera (2018) denominan *saberes bioculturales*, es decir, prácticas de manejo sostenible basadas en conocimiento campesino acumulado. La presencia de dos ojos de agua en cada finca visitada demuestra la relación íntima entre las familias y sus fuentes hídricas, consideradas parte esencial del territorio, tal como también aparece en registros etnográficos de la Sierra Nevada (Navarro, 2002).

Estos cambios en el clima y en los ciclos hídricos no son percibidos como fenómenos aislados, sino como transformaciones que afectan directamente la vida diaria y las rutinas productivas. Los campesinos señalan que “ya no llueve como antes”, recordando cómo en décadas pasadas la distribución de las lluvias era más regular y permitía planificar la siembra y el deshierbe sin temor a perder la cosecha. La variabilidad climática ha sido documentada como un factor crítico para la economía campesina en el Caribe (Corporación PBA, 2014). Ahora, las lluvias llegan de manera inesperada o se retrasan por meses, generando incertidumbre y obligando a modificar prácticas agronómicas transmitidas por generaciones.

El aumento de las temperaturas es otro elemento mencionado con preocupación. Las familias comparan la actual sensación térmica con la de su infancia: antes, las tardes eran frescas y el viento bajaba de la parte alta de la Sierra con fuerza. Hoy describen un calor más intenso que afecta tanto a las personas como a los cultivos. Algunos agricultores afirman que el café “se quema” más rápido o que los frutos se caen antes de madurar, lo que evidencia la vulnerabilidad de las variedades locales frente a la variabilidad climática, fenómeno también señalado para el sector cafetero colombiano por Pérez (2004).

La disminución de la fauna silvestre es un tema que genera tristeza entre los mayores. Recuerdan que era común ver dantas, zainos, armadillos y una gran diversidad de aves. En las conversaciones comunitarias mencionan cómo la deforestación, la expansión de cultivos ilícitos y los cambios ambientales han desplazado a estos animales hacia zonas más altas o han reducido sus poblaciones. Esta relación entre conflicto armado, deforestación y pérdida de fauna también aparece en los análisis de la historia. Hay quienes comentan que “el silencio del monte es distinto” porque ya no se escuchan ciertos cantos o no se ven rastros de animales que antes formaban parte del paisaje cotidiano.

Los nacederos de agua, considerados como bienes vitales, son cuidados con dedicación. Muchas familias cercan estos puntos, limpian las áreas aledañas y regulan el uso del agua para evitar su agotamiento. La comunidad es consciente de que el agua no solo sostiene los cultivos, sino que también es la base de la vida doméstica: cocinar, lavar, bañarse y mantener los pequeños huertos familiares. Esta centralidad del agua como elemento identitario y regulador de la vida campesina coincide con los planteamientos de Pérez (2016) y Toledo & Barrera (2018). Por eso, los ojos de agua son protegidos incluso más que los propios cultivos, y su conservación se transmite como un deber ético y moral dentro de las familias.

En algunas veredas, los campesinos han notado que ciertos nacimientos “se están secando” durante los veranos más intensos, algo que antes no ocurría. Este fenómeno genera alarma, pues el acceso al agua es un indicador clave de la estabilidad ambiental del territorio. En respuesta, algunas familias han comenzado a sembrar árboles nativos alrededor de las fuentes hídricas, intentando restaurar zonas degradadas y mejorar la infiltración del agua en el suelo. Estas estrategias locales de restauración coinciden con prácticas campesinas documentadas por Toledo & Barrera (2018).

A pesar de los desafíos ambientales, las prácticas agrícolas siguen siendo, en su mayoría, sostenibles. La decisión de utilizar químicos únicamente en situaciones extremas responde tanto a limitaciones económicas como a una ética local de respeto por la tierra. Los agricultores explican que “el suelo se cansa” y que el uso excesivo de fertilizantes puede “quemar” la tierra, disminuyendo su fertilidad. Esta lógica coincide con lo analizado por Machado (2004) sobre el conocimiento ecológico campesino y la protección de los suelos. Por eso, muchas familias optan por abonos orgánicos, técnicas de sombra y rotación de cultivos, estrategias aprendidas a través de la experiencia y la observación atenta del entorno.

La dimensión socioambiental en Siberia evidencia que los cambios climáticos no solo transforman el paisaje, sino también la relación que las comunidades mantienen con él. La montaña es vista como un ser vivo que necesita cuidado, atención y tiempo. En este sentido, el territorio se convierte en un lugar donde convergen memoria, trabajo y esperanza, pero también preocupación e incertidumbre ante los cambios que desafían las formas tradicionales de vida campesina, tal como lo reconocen estudios sobre territorialidad rural (Pérez, 2001; Ther Ríos, 2012).

4. Resultados

Los resultados de la investigación en el corregimiento de Siberia se articulan a partir de la experiencia vivida en el territorio, las voces de la comunidad y los fragmentos de memoria que emergieron en conversaciones, entrevistas y recorridos. Este apartado recoge las escenas, interpretaciones y narrativas que permiten comprender cómo los habitantes construyen, habitan y significan su vida cotidiana en la Sierra Nevada de Santa Marta.

4.1. Vida cotidiana y territorialidad

La vida cotidiana en Siberia expresa una *co-producción* entre montaña y comunidad, donde las prácticas domésticas, productivas y simbólicas se configuran en diálogo constante con el entorno. Como plantea Tim Ingold (2000), el habitar es una relación de correspondencia y no de dominio: los pobladores *crecen con el territorio*, moldeándolo y siendo moldeados por él. Cada jornada inicia con gestos que entrelazan cuerpo y paisaje encender el fogón, recoger agua del nacimiento, caminar hacia el cafetal, acciones que revelan una forma de territorialidad encarnada.

Esta imbricación recuerda lo que Escobar (2014) denomina “territorios de vida”, donde el territorio no es una entidad fija, sino una red de relaciones ecológicas, materiales y afectivas. En Siberia, la territorialidad se expresa en la continuidad generacional los abuelos que abrieron camino, los padres que sembraron café, los jóvenes que hoy dudan entre migrar o quedarse y en la producción cotidiana del espacio mediante caminatas, cuidados ambientales y vínculos familiares.

Los caminos funcionan como “líneas de vida” (Ingold), donde circulan memoria, trabajo y sociabilidad. Estos senderos condensan la historia de poblamiento, las huellas del conflicto y la movilidad del presente. Para los habitantes, “el territorio conoce a la gente”, idea cercana al perspectivismo de Descola (2005), donde la naturaleza no es un objeto sino un sujeto relacional. En este sentido, la territorialidad campesina no es un estado, sino un proceso político, emocional y ecológico que se reconfigura permanentemente frente al conflicto, el clima, la migración juvenil y las transformaciones económicas.

4.2. Memorias del poblamiento y del conflicto

Las memorias del poblamiento se articulan mediante narrativas familiares que reconstruyen la llegada de los primeros colonos, la apertura de caminos y la relación histórica con la abundancia de agua y fauna. Estas memorias funcionan como lo que Eric Wolf (1982) denomina “historias de la gente sin historia”: relatos de origen que dan sentido a la pertenencia y permiten elaborar genealogías territoriales que sostienen el presente.

En contraste, la memoria del conflicto armado está marcada por silencios estratégicos. Los habitantes construyen lo que Veena Das (2007) llama “memorias en lo cotidiano”: formas de recordar sin exponer el dolor, integrando la experiencia de la violencia en la vida diaria. Los silencios no implican olvido; son una forma de *gobernanza emocional* frente al riesgo y al trauma.

Desde la ecología política, Joan Martínez Alier (2007) señala que los conflictos armados en zonas rurales suelen superponerse con conflictos ecológicos. En Siberia, la violencia reconfiguró la distribución de tierras, afectó las prácticas agrícolas, transformó los bosques y alteró los circuitos del agua. Las masacres, desplazamientos y disputas territoriales dejaron marcas materiales, casas abandonadas, árboles baleados, huellas en los caminos, que funcionan como paisajes de memoria.

Junto a estas memorias del daño, emergen memorias de resistencia: mingas, retornos y reconstrucción de cafetales. Estas memorias colectivas sostienen el arraigo territorial y permiten, como señala Haraway (2016), “seguir con el problema”: continuar viviendo a pesar de la devastación.

4.3. Prácticas productivas, economía y roles familiares

El sistema productivo de Siberia refleja una racionalidad campesina compleja, distinta de la lógica extractiva del capitalismo agrario. Enrique Leff (2015) propone que las economías campesinas son *ecologías culturales* donde el conocimiento local orienta el uso sostenible de los bienes naturales. Aquí, la diversificación productiva café, pancoger, animales menores— crea resiliencia ecológica y económica frente al mercado y al clima.

El cultivo del café es más que un producto: es un eje identitario que articula tiempo, trabajo y memoria. Siguiendo a Anna Tsing (2015), se trata de una cadena de valor profundamente dependiente de relaciones humanas, paisajes y narrativas. La cosecha activa redes familiares y comunitarias que expresan un metabolismo social propio de la ruralidad colombiana.

La división del trabajo evidencia tensiones de género. El análisis dialoga con Silvia Federici (2013), quien plantea que el trabajo doméstico y de cuidado sostiene la reproducción social pero suele ser invisibilizado. En Siberia, las mujeres garantizan la continuidad del sistema productivo al cuidar el hogar, seleccionar el café, conservar semillas y mantener los huertos.

El deterioro de las vías expresa lo que Neil Smith (1984) denomina “producción desigual del espacio”: la falta de infraestructura reproduce desigualdades territoriales, limita el acceso al mercado y genera dependencia económica. Aun así, la comunidad recurre a estrategias de reciprocidad, trueque y trabajo colectivo que recuerdan los sistemas campesinos descritos por James Scott (1976) como formas de resistencia ante la incertidumbre.

4.4. Percepciones sobre el presente rural

La gobernanza en Siberia no se reduce a instituciones formales; es un proceso comunitario que articula múltiples formas de regulación social y ambiental. La JAC, la iglesia pentecostal, las asociaciones cafeteras y las redes de parentesco constituyen lo que Arturo Escobar describe como *gobernanzas territoriales*: arreglos colectivos que sostienen la vida y protegen el territorio frente a amenazas externas.

Estas instituciones producen normas locales, cuidado del agua, acuerdos sobre caminos, resolución de conflictos, mingas que configuran lo que Ostrom (1990) denomina “bienes comunes gobernados comunitariamente”. En Siberia, el agua es el bien común más importante: cada finca cuida su nacimiento como un patrimonio colectivo, en sintonía con la ecología política latinoamericana de Gudynas (2011), que subraya la dimensión ética del cuidado ambiental.

El arraigo territorial se expresa en estas prácticas de gobernanza cotidiana. Siguiendo a Descola y a Escobar, el arraigo es una *relación ontológica*: la montaña es un ser vivo que protege y exige cuidado. Este vínculo emocional y ecológico sostiene los sistemas de vida campesinos, que integran ambiente, economía, parentesco y espiritualidad.

Las estrategias de retorno tras el desplazamiento constituyen un acto político de reclamación territorial. Como plantea Deborah Poole (2016), la reconstrucción de territorios violentados

implica rehacer redes sociales y reactivar paisajes simbólicos. En Siberia, el retorno no es solo físico: es una reafirmación de identidad y derecho a la existencia campesina.

5. Conclusiones

El trabajo etnográfico realizado en el corregimiento de Siberia permitió comprender la manera en que territorio, memoria, organización comunitaria y sistemas productivos conforman un entramado vital que sostiene la vida campesina en la Sierra Nevada de Santa Marta. La investigación evidenció que el territorio no es únicamente un soporte material, sino un espacio vivido y producido colectivamente, cuyas significaciones se actualizan a través del trabajo agrícola, las prácticas de cuidado y las narrativas transmitidas entre generaciones. Desde la ecología política y la antropología del habitar, estos hallazgos muestran que el territorio opera como una trama de relaciones ecológicas, históricas y afectivas que permiten entender cómo las familias han resistido transformaciones estructurales, violencias sociopolíticas y precariedades económicas. Las conclusiones sintetizan los aportes etnográficos, metodológicos y analíticos del proceso, y plantean desafíos para fortalecer la gobernanza local, la protección ambiental y la continuidad de los sistemas de vida campesinos.

5.1. Aportes etnográficos

Reconstrucción de memorias campesinas y paisajes históricos

La investigación hizo visible cómo la memoria del poblamiento, la tradición cafetera y los relatos familiares constituyen un archivo vivo que sostiene la identidad territorial. Estas memorias operan como lo que Wolf (1982) denomina “historias desde abajo”: narrativas que permiten comprender la formación de una comunidad campesina en un contexto atravesado por la colonización de montaña, la presión del mercado y la violencia. La reconstrucción de estas memorias profundizó en las tensiones entre lo que se narra y lo que se silencia, revelando estrategias comunitarias de protección emocional frente al conflicto armado.

Genealogías, parentesco y continuidad territorial

Las genealogías levantadas en campo mostraron cómo el parentesco no solo estructura la organización social, sino que constituye un mecanismo de transmisión territorial. La tierra se hereda, se acuerda y se cuida mediante prácticas que, más que jurídicas, son relacionales. Estas dinámicas confirman lo planteado por Ingold (2000): los lugares se habitan porque están tejidos a las historias familiares y a los vínculos afectivos que los sostienen.

Transformaciones económicas, ecológicas y sociales

El análisis etnográfico visibilizó transformaciones derivadas de fluctuaciones del mercado cafetero, la llegada de cultivos ilícitos, la migración juvenil, el envejecimiento del campo y el cambio climático. Desde la ecología política, estas transformaciones pueden entenderse como efectos simultáneos de procesos globales y presiones locales que reconfiguran las posibilidades de vida campesina (Escobar, 2014; Martínez Alier, 2007). El territorio aparece así como un espacio tensionado entre economías de subsistencia, mercados inestables y condiciones ambientales cada vez más frágiles.

Territorialidades campesinas y prácticas de arraigo

El arraigo se manifestó como una relación profunda entre cuerpo, trabajo y paisaje. Frases como “la montaña nos conoce” expresan una territorialidad afectiva que integra historia, espiritualidad y cuidado ambiental. Este vínculo confirma que la territorialidad campesina no es una categoría fija, sino un proceso dinámico que articula memoria, prácticas ecológicas y gobernanza cotidiana (Escobar, 2014; Descola, 2005).

5.2. Aportes metodológicos

Conversaciones comunitarias como dispositivos de cartografía social

Las conversaciones comunitarias funcionaron como herramientas etnográficas esenciales para mapear no solo espacios físicos, sino también relaciones, tensiones, acuerdos y memorias silenciosas. A diferencia de la cartografía técnica, estos ejercicios reflejaron un territorio sentido, donde las montañas, caminos y nacederos adquieren significado social y político. Metodológicamente, demostraron que el conocimiento territorial emerge de manera colectiva y situada.

Entrevistas en profundidad como espacio de matiz y singularidad

Las entrevistas individuales permitieron captar experiencias diferenciadas según género, edad y trayectoria. Estas voces resaltan que las vivencias del conflicto, las decisiones productivas y las expectativas de futuro no son homogéneas, sino múltiples y a veces contradictorias. Este enfoque plural enriquece la lectura del territorio y complejiza las narrativas dominantes.

Importancia de la devolución y lectura colectiva

El proceso evidenció la necesidad de mantener mecanismos de retroalimentación con la comunidad. La devolución no solo valida los hallazgos, sino que fortalece la memoria colectiva, legitima los saberes campesinos y consolida la investigación como un ejercicio de corresponsabilidad ética.

5.3. Desafíos y recomendaciones

Infraestructura vial para la sostenibilidad productiva

La precariedad de las vías limita el transporte, incrementa los costos y afecta la competitividad del café y del pancoger. La comunidad identifica la mejora vial como condición básica para fortalecer la economía campesina y disminuir la vulnerabilidad.

Oportunidades educativas y laborales para jóvenes

La migración juvenil refleja la falta de opciones de estudio y empleo en el territorio. Se recomienda impulsar programas de educación rural, formación técnica en agroecología, emprendimientos rurales y proyectos de retorno juvenil que fortalezcan los sistemas de vida campesinos.

Participación y liderazgo de mujeres en la gobernanza local

Las mujeres sostienen gran parte del trabajo de cuidado y de la producción agrícola, pero su participación en JAC y asociaciones productivas es limitada. Fortalecer su liderazgo es clave para una gobernanza territorial más equitativa.

Acompañamiento psicosocial y prácticas de memoria

Los silencios sobre el conflicto revelan heridas abiertas. Se recomiendan procesos psicosociales sensibles al contexto rural, así como ejercicios de memoria que permitan la sanación colectiva sin revictimización.

Reconocimiento de deudas históricas y seguridad jurídica

Persisten deudas financieras y vacíos institucionales en procesos de restitución. La comunidad demanda soluciones estructurales que eviten la revictimización y garanticen continuidad en la permanencia territorial.

Protección ambiental y manejo comunitario del agua

El cambio climático y la presión sobre las fuentes hídricas requieren fortalecer las estrategias de conservación desarrolladas por las familias: reforestación, protección de nacimientos, manejo orgánico y acuerdos comunitarios sobre uso del agua. Estos esfuerzos deberían ser acompañados técnica y financieramente por entidades ambientales.

Referencias bibliográficas

Aguilar, E. (1990). “*Los Campesinos*”. *Ensayos de antropología social*. Siglo XXI editores. Antropología del Territorio. Editorial Madrid. Álvaro, J. (2002). *Representaciones Sociales. Roma Reyes (Dir): Diccionario Crítico de Ciencias Sociales*. Publicación Electrónica, Universidad Complutense. Madrid. <http://www.ucn.es/info/eurotho/diccionario>.

Amerlinck, M. (1982). *¿Cultura? ¿Sociedad? ¿Economía?, o de Cómo la antropología descubrió a los campesinos*. *Revista del Instituto de Investigaciones Antropológicas, INAM*, 19 (2), 33-57.

Baribbi, A., & Spijkers, P. (2011). Campesinos, tierra y desarrollo rural. Reflexiones desde la experiencia del tercer laboratorio de paz. Bogotá: Acción Social-Unión Europea.

Baquero Montoya, Á., & Hoz Siegler, A. D. L. (2013). Cultura y tradición oral en el Caribe colombiano: propuesta pedagógica para incorporar la investigación: recolección de la tradición oral Mokaná en el Departamento del Atlántico.

Berdegúe, J. A., Reardon, T., Escobar, G., & Echeverría, R. G. (2001). Opciones para el

desarrollo del empleo rural no agrícola en América Latina y el Caribe. Inter-American Development Bank.

Corporación PBA. (2014). *Informe Técnico: Lineamientos y estrategias de desarrollor rural territorial para la región Caribe colombiana*. Serie Documentos de Trabajo N° 142. Grupo de Trabajo: Desarrollo con Cohesión Territorial. Programa Cohesión Territorial para el Desarrollo. Rimisp, Santiago, Chile.

Das, V. (2007). *Life and words: Violence and the descent into the ordinary*. University of California Press.

Deininger, K & Lavadenz, I. (2004). Colombia: Land Policy in Transition. en breve; No. 55. World Bank, Washington, DC. © World Bank.
<https://openknowledge.worldbank.org/handle/10986/10347> License: CC BY 3.0 IGO

Descola, P. (2005). *Par-delà nature et culture*. Gallimard.

Díaz, M. A. (2013). Montes de María: Una subregión de economía campesina y empresarial (No. 011542). BANCO DE LA REPÚBLICA-ECONOMÍA REGIONAL.

Escobar, A. (2014). *Sentipensar con la tierra: Nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*. Ediciones UNAULA.

Fals, O. (1979) “*Mompox y Loba*”. *Historia Doble de la Costa*. Bogotá, Carlos Valencia Editores.

Fals, O. (1981). “*El presidente Nieto*”. *Historia doble de la Costa (Tomo 2o.)*. Bogotá, Carlos Valencia Editores.

Fals, O. (1984). “*Resistencia en el San Jorge Historia doble de la Costa*”. Historia doble de la Costa (Tomo 3o). Bogotá, Carlos Valencia Editores.

Fals, B. (1994). Historia de la cuestión agraria en Colombia. Carlos Valencia Editores. Bogotá

Fals, O. (1986). “*Retorno a la tierra*”. En: Historia doble de la Costa (Tomo 4o.), Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1986.

Fals, O. (1986). Historia doble de la Costa (Vol. 3). Universidad Nacional de Colombia. Banco de la República.

El Áncora. Feito, M. (2005). Antropología y desarrollo rural. Contribuciones del abordaje etnográfico y los procesos de producción e implementación de políticas. Avá. Revista de antropología. 6: 1-26.

Franco, A., De los Ríos, I. (2011). Reforma agraria en Colombia: evolución histórica del concepto. Hacia un enfoque integral actual. Cuad. Desarro. Rural. 8 (67): 93-119.

Farah, M.A. y Pérez, E. (2004). “Mujeres rurales y nueva ruralidad en Colombia”. Documento en línea en: http://www.javeriana.edu.co/ier/recursos_user/documentos/revistas/51/137_160.pdf (Recuperado el 12 de octubre de 2011).

Federici, S. (2013). *Revolución en punto cero: Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Traficantes de Sueños.

Giarraca N y Gutiérrez, P. (1999). *Una aproximación a los estudios agrarios en Europa y EEUU*. Pág. 55 – 76. Giarraca Norma (compiladora) Estudios Rurales. Teorías, Problemas y Estrategias. La Colmena

Gudynas, E. (2011). Desarrollo, postdesarrollo y transiciones al Buen Vivir: Una perspectiva desde la ecología política. *Ecuador Debate*, 84, 45–65.

Ingold, T. (2000). *The perception of the environment: Essays in livelihood, dwelling and skill*. Routledge.

Haraway, D. (2016). *Staying with the trouble: Making kin in the Chthulucene*. Duke University Press.

Hernández, D. (2011). El control de la movilidad espacial como ejercicio de poder sobre el territorio. *Pampa. Revista Interuniversitaria de Estudios Territoriales*, Nº 7, Argentina.

Histórica, M. (2010). La tierra en disputa. Memorias del despojo y resistencias campesinas en la costa Caribe (1960-2010). Bogotá: Ediciones Semana.

Lara, S. (2016). Estrategias de apropiación territorial en un contexto de relación interécnica en Guámal, Caldas. *Revista colombiana de antropología*, Vol. 52, Nº 1 enero-junio del 2016. pp 117 – 138

Leff, E. (2015). *La apuesta por la vida: Imaginación sociológica e imaginarios sociales en los territorios ambientales del sur*. Siglo XXI Editores.

Legrand, C. (1988). Colonización y protesta campesina 1850 -1950. Universidad Nacional. Bogotá.

Lopera, A. (2016). La Secreta: reparación integral y restitución de tierras a niños, niñas y adolescentes en la Ley 1448 de 2011. En: Restitución de tierras en Colombia, Análisis y estudio de caso. CINEPP. Bogotá.

Machado. A. (2002). *Capítulo 6. Visiones y concepciones sobre el problema agrario en Colombia*. Pág. 261 – 320. En: De la estructura agraria, al sistema agroindustrial. Universidad De Colombia.

Machado, A. (2004). *La academia y el sector rural: sus vínculos, sus interpretaciones, sus retos*. Pág. 16 – 38. Machado, A. Salgado, C y Vásquez R. La Academia y el Sector Rural

Martínez Alier, J. (2007). *El ecologismo de los pobres: Conflictos ambientales y lenguajes de valoración*. Icaria / FLACSO.

Mesias, L. 2005. Voces fuertes y débiles en la construcción de la retórica democrática. (Farc, Gobierno y organizaciones campesinas). IEPRI. Universidad Nacional de Colombia.

Mestre, Y & Rawitscher, P. (2018). Shikwakala. El crujido de la madre tierra. Editorial Resguardo Kogui-Malayo-Arhuaco. Colombia. ISBN: 978-958-576334-1-8

Navarro, A. (2002). El proceso de transformación del territorio rural del Distrito de Santa Marta. Jangwa Pana, Revista Programa Antropología. Universidad del Magdalena. 2: 35-50pp

Negrete, V. (2008). A la memoria del maestro Orlando Fals Borda: Bases y desarrollo de la investigación-acción participativa en Córdoba (Colombia). International Journal of Psychological Research, 1 (2).Ortega, E. (1992). La trayectoria rural de América Latina y el Caribe. Revista de la CEPAL.

Osorio, F y F, Lozano. (1996). Procesos de reconstrucción vital de población desplazada por violencia en Colombia. Universitas Humanística. Recuperado de: <file:///C:/Users/SORY/Downloads/9589-Texto%20del%20art%C3%ADculo-35874-1-10-20140821.pdf>

Ostrom, E. (1990). *Governing the commons: The evolution of institutions for collective action*. Cambridge University Press.

Pérez, E. (2001). *Hacia una nueva visión de lo rural. En: una nueva ruralidad en América Latina?* Clacso Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Pérez, M. (2004). *La conformación territorial en Colombia: entre el conflicto, el desarrollo y el destierro*. Cuadernos De Desarrollo Rural, (51). Recuperado de: <http://revistas.javeriana.edu.co/index.php/desarrolloRural/article/view/1272>

Pérez, J. (2010). “*Luchas campesinas y reforma agraria, Memorias de un dirigente de la ANUC en la costa Caribe*”. Proyecto de Investigación Tierra y Conflicto del grupo de Memoria Histórica de la CNRR. Bogotá.

Pérez, M. (2016). Las territorialidades urbanas rurales contemporáneas: Un debate epistémico y metodológico para su abordaje. *Bitácora urbano territorial*, 26(2), 103-112. Recuperado en: <https://doi.org/10.15446/bitacora.v26n2.56216>

Plan de Desarrollo Municipal (2012-2015). Recuperado de <http://www.cienaga-magdalena.gov.co/Transparencia/Calidad/Informe%20de%20Gesti%C3%B3n%20de%20Planesaci%C3%B3n.pdf>

Plan de Desarrollo Municipal (2016 – 2019). Ciénaga territorio de lo posible. Recuperado de

<http://www.cienaga-magdalena.gov.co/Transparencia/PlaneacionGestionyControl/Plan%20de%20desarrollo%20municipal%202016-2019.pdf>

Plan de Ordenamiento Territorial de Ciénaga, Magdalena POT 2001 – 2010. Ciénaga, Magdalena. Recuperado en: <http://www.cienaga-magdalena.gov.co/Transparencia/PlaneacionGestionyControl/POT%20Cienaga%202001%20-%202010.pdf>

Poole, D. (2016). Between threat and guarantee: Justice and citizenship in postwar Peru. En M. Goodale & N. Postero (Eds.), *The practice of human rights* (pp. 119–143). Cambridge University Press.

Registro Único de Víctimas. Fecha de consulta 20 de noviembre de 2019. Recuperado de: <https://www.unidadvictimas.gov.co/es/registro-unico-de-victimas-ruv/37394>

Roa, T y M, Navas. (2014). Extractivismo, conflictos y resistencias. Censat agua-viva. Escuela de Sustentabilidad.

Roldán, M. (1998). *Violencia, colonización y la geografía de la diferencia cultural en Colombia. Análisis Político* 35: 3-22.

Salgado, C. (2004). Estado del Arte sobre Desarrollo Rural. En Machado Absalón (Coordinador) La Academia y el sector Rural. Pág. 155 – 196. Centro de Investigación para el Desarrollo. Universidad Nacional de Colombia.

Salgado. C. (2016). Colombia: estado actual del debate sobre el desarrollo rural. Ediciones desde abajo. Bogotá, Colombia. ISBN: 978-958-8454-91-7 Santos, M. (1996). La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción. Ariel, Barcelona.

Scott, J. C. (1976). *The moral economy of the peasant: Rebellion and subsistence in Southeast Asia*. Yale University Press.

Silva, F & Rodríguez, A. (2020). Colonización de la vertiente occidental de la Sierra Nevada de Santa Marta. Vida campesina en el Magdalena Grande. Editorial Unimdalena. ISBN: 978-958-746-346-0

Smith, N. (1984). *Uneven development: Nature, capital, and the production of space*. Basil Blackwell.

Ther Río, F. (2012). *Antropología del Territorio. Revista Latinoamericana Polis.* 32. DOI: 10.4000/polis.6674

Toledo, V y N, Barrera. (2018). La Memoria Biocultural. La importancia ecológica de las sabidurías tradicionales. Editorial Universidad del Cauca.

Tsing, A. L. (2015). *The mushroom at the end of the world: On the possibility of life in capitalist ruins*. Princeton University Press.

Vergara, J. (2007). Pobreza rural y transferencia de tecnología en la Costa Caribe. Banco de la República.

Viloria, J. (2000). Empresarios de Santa Marta: el caso de Joaquín y Manuel Julián de Mier, 1800-1896. Cuadernos de Historia Económica y Empresarial. Centro de Investigaciones económicas del Caribe Colombiano.

Wolf, E. R. (1982). *Europe and the people without history*. University of California Press.